



Las cooperativas de la Venezuela del siglo XXI

A. Dorremochea, s.j.*

Los días 22 y 23 del mes de julio de 2008 aparecieron sendos artículos, uno en *El Nacional* y otro en *El Universal* que se referían al tema cooperativo. Eduardo Méndez Sánchez en *El Nacional* decía que “El cooperativismo fracasa cuando la prioridad es acceder a un crédito”. Y Ernesto J. Tovar en *El Universal*: “Gobierno revisa modelo de funcionamiento de cooperativas”.

Interesantes las dos afirmaciones. No hay duda que el gobierno tiene que detenerse a revisar el modelo de cooperativismo fomentado por el presidente Chávez. Se trata evidentemente de un



Una primera noción, clara para todos los que laboran en este terreno, es que el cooperativismo jamás ha sido organizado desde fuera, y menos desde un gobierno que todo lo quiere manejar.

modelo fracasado. No podía ser de otra manera al tratarse de un cooperativismo fomentado con la finalidad prioritaria, y a veces exclusiva, de tener acceso a un crédito. Muchas veces millonario. No era infrecuente oír a un funcionario del gobierno: “organícense, que aquí hay veinte millones para Uds.”. Esto si el grupo era pequeño. Si era un tanto grande el funcionario de turno volvía a ofrecer: “organícense, aquí hay ochocientos millones para montar una factoría de tal cosa”. El grupo surgido de estas promesas no discutía siquiera los estatutos. Todo venía armado desde fuera. Las cooperativas nacidas de estas premisas deben ser revisadas por quienes las han intentado implementar, pues son un modelo de cooperativismo del que quedan en pie unas 15.000 cooperativas de las 250.000 que se ufanaron en proclamar.

¿Cómo ahora Chávez viene a desacreditar al COOPERATIVISMO (con mayúscula) afirmando que “Las cooperativas son un instrumento del mismo capitalismo”, cuando en unas afirmaciones previas había declarado que “El cooperativismo es la punta de lanza de la revolución socialista”?

Es lamentable el grado de desconocimiento que manifiesta el Presidente sobre lo que fue y es el cooperativismo en el mundo desde su aparición, a finales del siglo XIX en Rochdale, pequeño pueblecito de 30.000 habitantes allá en Inglaterra. Hoy, en el siglo XXI, existen más de 200 millones de cooperativistas de todo tipo. Y no hay más porque las normas de funcionamiento, que rigen esta forma de organización, son bastante exigentes.

LA COMUNIDAD REACCIONA ANTE UN PROBLEMA

Una primera noción, clara para todos los que laboran en este terreno, es que el cooperativismo jamás ha sido organizado desde fuera, y menos desde un gobierno que todo lo quiere manejar. El cooperativismo, por esencia, es la reacción autónoma de un grupo humano ante una realidad que le resulta hostil en lo económico o en lo social. Ante una realidad así, el grupo ve que no tiene otra alternativa que organizarse para superarla. Es lo que hicieron aquellos 28 obreros ingleses ante el reto de haberse quedado en la calle por la aparición de la primera máquina industrial,

que dejó sin trabajo a los trabajadores manuales de un pequeño pueblo de tejedores. Es diciembre del año 1844 cuando da comienzo la primera cooperativa de consumo. Todos los que conocen algo de cooperativismo recuerdan la calle de El Sapo donde tuvo su sede aquella cooperativa, que empezó con un capital de 28 libras, una por cada socio. Capital reunido tras un año de capitalización.

Una cosa interesante es la causa por la que triunfó la pequeña cooperativa de la calle El Sapo. Aquellos obreros estuvieron discutiendo durante muchos meses por qué habían fracasado unas cooperativas inmediatamente anteriores a la suya. Advirtieron que dos de los precursores de esas cooperativas, Roberto Owen (industrial) y Guillermo King (médico), además de ser unos idealistas y soñadores, cometieron el gran error de ser paternalistas. Ellos mismos quisieron hacer todo: poner el capital y dirigir las cooperativas. Nunca se preocuparon de educar a los socios, ni de entrenar a los directivos de este nuevo tipo de organización. Además, después de cada año, tampoco devolvían las pequeñas utilidades a los asociados. Por lo que los socios de aquellas cooperativas terminaron por perder interés en algo que no era suyo: ni capital, ni decisiones, ni utilidades. Por esta razón abandonaron las cooperativas.

En cambio Carlos Howarht, uno de los 28 obreros, después de darle muchas vueltas a la cabeza, encontró lo que creyó iba a ser la solución para el éxito de una cooperativa. Soñó:

- que si el capital era de los socios
- que si ellos mismos administraban su empresa
- y que si al final del año se devolvían a los socios las utilidades que hubiere.

Esto sería el remedio a los fracasos anteriores. Y así fue.

UTILIDAD NO NECESARIAMENTE ES SINÓNIMO DE CAPITALISMO

El Sr. Presidente ha repetido muchas veces que ganancia es sinónimo de capitalismo; que en el socialismo no debe haber ganancias. ¿De qué teoría económica o social deduce esto? Es claro que si un grupo de personas se organiza para fundar una cooperativa de consumo, es el ejemplo de Rochdale, esa cooperativa no va a ser para explotar a los



El Sr. Presidente ha repetido muchas veces que ganancia es sinónimo de capitalismo; que en el socialismo no debe haber ganancias. ¿De qué teoría económica o social deduce esto?

socios que son ellos mismos. Y tampoco explotará a sus vecinos pues no están en la cooperativa; al no ser socios no pueden comprar en ella. Que aporten capital y tendrán los mismos derechos que los socios. ¿Es perverso que unos remanentes, ocasionados quizás por los redondeos en los precios o por el exiguo margen de utilidad que se produce al haber comprado una mercancía al por mayor (y sale más barata que al detal) pasen a ser las ganancias de la cooperativa? Ganancia por cierto de la cooperativa, no de ningún socio o directivo en particular. Y este pequeño estímulo, de devolver las ganancias a los socios, que las produjeron, es el remedio que encontraron los pioneros del cooperativismo para animar a la gente a hacerse socios de una cooperativa. Nadie trabaja o se esfuerza en una empresa personal, colectiva o comunitaria por amor al arte. Habrá un pequeño número de visionarios que se moverán por amor a la Patria, por amor a Dios o por amor a no sé qué otra realidad. Pero la mayoría necesitan otra motivación un poco más tangible que la Patria o Dios. Por tanto, el reparto de unos excedentes entre los que los produjeron, no parece que tenga nada de capitalismo. Además se reparten según la utilización que haya hecho de la cooperativa cada uno de sus asociados. ¿Qué cosa más justa y distributiva? ¿Hay algún modelo mejor? Parece que no existe. Por otra parte ¿cómo hacer crecer una organización económica si no se van reinvertiendo constantemente estas pequeñas utilidades? No todos poseen el ingreso desmesurado de unos dólares provenientes de la venta del petróleo.

¿Y EL PUEBLO?

Por otra parte esa frase tan usada de que “sólo el pueblo salva al pueblo” se utiliza como justificación para muchos disparates que se cometen. ¿Quién es el pueblo? El pueblo es el pueblo, el que está allá abajo. O si se quiere, el que está allá arriba en los cerros. Ese es el pueblo, el que tiene que reaccionar ante sus problemas. Si no reacciona ¿Quién va a reaccionar por él? ¿Acaso debería ser el Estado que distribuye la millonada de dólares que maneja en virtud de la venta del petróleo?

Estamos ante la razón fundamental por la que ha fracasado y seguirá fracasando el cooperativismo promocionado

desde fuera. Es ley de vida. Cuando a alguien, sea persona o grupo social se le facilita todo sin que tenga que esforzarse nada para conseguir algo, todos sabemos cómo terminan las cosas. O se tiene un hijo flojo, despreocupado de las cosas y viviendo de renta mientras ésta dure, o se cuenta con un grupo humano que siempre estará esperando que todo, absolutamente todo, venga llovido desde fuera. Jamás se esforzarán en poner algo de su parte. ¿No es lo que se está viendo todos los días a nuestro alrededor?

Lo más triste es que esto va ya formando parte de nuestra manera de ser como colectividad. “Los esfuerzos individuales, el empuje de colectivos organizados, las historias de emprendimiento, no campean por ningún lado. Esa Venezuela es una Venezuela subterránea, ciega, que según la conseja de turno nada dice ni nada aporta”. Son frases de Antonio López Ortega en su artículo del 22/07/08. E indica que “extirpar ese credo de la dependencia es un esfuerzo titánico, de generaciones enteras. Pasa por la educación, pasa por un nuevo sistema de valores, pasa por una nueva cultura...”. Es frente a esta Venezuela mal educada, que hace ya mucho tiempo no ha querido esforzarse ante nada y que ha optado por el camino más fácil del recibir que del aportar, ante la que hay que construir un cooperativismo que nazca desde abajo, no de la dádiva fácil.

COOPERATIVISMO CONSTRUIDO DESDE ABAJO

Un cooperativismo que nazca del esfuerzo de un pueblo, que se arriesga a capitalizar unos centavos, como lo hicieron los 28 obreros de nuestra historia. Y que esos centavos, reunidos entre muchos, sean los que den la capacidad de organizar las cosas de otra manera: montar un abasto al servicio de la comunidad donde se vive; ser una fuente de créditos baratos para las necesidades diarias de quienes no tienen acceso a los créditos de la Banca ni oficial ni privada y están a merced de los usureros de turno; organizar el trabajo (de producción o de servicio) de manera más comunitaria sin tener que depender de un patrón; mercadear juntos los productos del campo, convirtiendo a los pequeños campesinos –mediante la unión y organización– en empresarios, que

Es frente a esta Venezuela mal educada, que hace ya mucho tiempo no ha querido esforzarse ante nada y que ha optado por el camino más fácil del recibir que del aportar, ante la que hay que construir un cooperativismo que nazca desde abajo, no de la dádiva fácil.

puedan llegar incluso a exportar parte de su producción. En fin, tener un capital propio, manejado por la gente, que es la que será capaz de encontrar solución a la multitud de sus problemas. Nadie tiene que venir desde fuera a decir qué es lo que hay que hacer. ¿Acaso un pueblo organizado no tiene ideas?

¿SE PUEDE COLABORAR CON EL PUEBLO?

Es en este momento, sólo en el momento cuando ya se cuenta con un capital comunitario, una organización y unas realizaciones propias cuando se puede pedir o recibir una colaboración exterior. Ya se posee lo esencial, producto del esfuerzo de un colectivo. Se necesitará un crédito adicional, no precisamente un donativo, para construir un galpón, comprar una maquinaria costosa, hacer una inversión que duplique la producción. Lo mismo que un empresario o una industria del Estado acuden a un Banco para solicitar un crédito, de manera similar lo puede hacer una empresa del pueblo. Aquí funciona la misma lógica del crecer y del afianzarse. Se sabe que esta ayuda no es ni un donativo, ni una forma de obtener el sometimiento de un grupo humano al mandamás económico o político de turno. Es una ayuda económica que se solicita para hacer progresar al grupo organizado, haciendo crecer su posibilidad de servicio. Ayuda que se devolverá, una vez utilizada; para que pueda servir a otra empresa o colectivo. La plata, aunque haya mucha, no se puede botar. Hay que saber aprovecharla y ponerla al servicio de las múltiples necesidades de un colectivo, que son muchas. Hay que intentar enseñar a la Venezuela saudita, a todos sus niveles, que no hay que gastar sino invertir. Y para esto hay que ahorrar, hay que capitalizar. ¿Comprenderá nuestro pueblo, y sobre todo nuestro dispendioso gobierno, que la realidad económica tiene que ir por este camino? Ojalá que no tengan que transcurrir muchas generaciones para que esto sea una realidad.

Así se dará paso a un cooperativismo auténtico que sirva, en primer lugar, a los que lo conforman y, de paso, a la sociedad en donde está radicado.

* Miembro del Consejo de Redacción